

Las antenas telefónicas y los pájaros.

Anastasio Rojo Vega.

Hace unos pocos días se planteaban en este periódico dos denuncias acerca de las cigüeñas del centro y de las aves del Campo Grande.

El primer reportaje informaba de la reducción a la mitad de las crías de cigüeña. El 44 % de las zancudas no han conseguido sacar adelante ningún pollo este año, cuando lo habitual es dos por primavera. El segundo avisaba de la desaparición de picos picapinos y carboneros garrapinos en el parque de la ciudad. Entre uno y otro informe, un breve escrito titulado “Las antenas influyen en el fracaso de la anidación”, dando cuenta de que últimamente las cigüeñas andan como viejas borrachas, “se desequilibran, se les cae el palo, están atontadas”.

Lo de las antenas de telefonía es un tema muy delicado, un punto tan sensible que, se toque como se toque, siempre genera ofendidos, sean los fabricantes de teléfonos o los que se consideran víctimas de sus ondas.

Sin embargo, desde el punto de vista estrictamente científico y desde el mirador que ofrece la ciencia que conocemos, las dudas relativas a efectos nocivos de las ondas electromagnéticas sobre seres vivos son muchas. Las pruebas realizadas en laboratorio, sometiendo células y tejidos celulares a exposiciones miles de veces superiores a las posibles en el medio ambiente no han deparado los efectos malignos esperados.

Curioso es pero, si se busca en la bibliografía internacional, podría declararse el fenómeno de rechazo a las antenas como genuinamente español. Los mejores ejemplos de daños, en cantidad y en calidad, proceden de España y la mosca que progresivamente va instalándose tras la oreja del resto del mundo es hispana, como la vieja y sabrosa cantárida.

Hasta en el fenómeno de desaparición de pájaros marcamos pautas. El The Observer publicó el 12 de enero de 2003 un artículo titulado “Los teléfonos móviles tienen la culpa de la muerte de los gorriónes”, como respuesta a uno de los mayores misterios de la vida silvestre británica, el descenso de la cifra de veinticuatro millones de gorriónes de 1973 a los catorce millones de hoy.

La British Trust of Ornithology estuvo un tiempo perdida y confusa. ¿Culpa de los gatos abandonados?. Encontraron la respuesta, como no, en nuestra tierra: “Científicos españoles han descubierto que los pájaros tienden a evitar lugares con altos niveles de contaminación electromagnética. Las antenas de los móviles están colocadas en los lugares más altos, para lograr la mayor cobertura posible, lo cual puede explicar el declive de especies que viven y anidan en los tejados”.

Contaminación electromagnética, con coletazos que han alcanzado incluso a Radio Vaticano, metida en líos con la justicia italiana a causa de la estación emisora de Santa María di Galeria, en las afueras de Roma. Sin embargo y pese a todo, la relación indiscutible causa-efecto no consigue demostrarse.

El documento circulante de mayor peso científico es el “Llamamiento de Friburgo a los médicos”, publicado el 9 de octubre de 2002 y que comienza “Como médicos de todas las especialidades y particularmente de medicina ambiental, ejerciendo y con consulta, estimamos nuestro deber dirigirnos al cuerpo médico, a los responsables de higiene y de salud pública, así como al público, en razón de las preocupaciones presentes concernientes a la salud de nuestros conciudadanos...”. Pues pese a él los efectos de las ondas permanecen dudosos. Quizás sea porque la ciencia en que nos movemos se limita a lo evidente y palpable. Observa que un individuo toma un trago de un frasco, constata que cae fulminado y tras ello deduce que el frasco contiene veneno. Ciencia bruta pero segura. Lo otro es como si ante el que murió de repente alguien asegurase que la culpa la tiene la limonada que se tomó en las fiestas del 83. ¿Por qué no?. Las antenas se suponen responsables de efectos malignos que para hacerse evidentes requieren mucho tiempo. ¿Son malas a largo plazo o no son malas a largo plazo?. Esa es la cuestión.

Las antenas llevan el camino de convertirse en el maestro armero de todo lo incomprensible. Pensando en nuestras aves vallisoletanas, ¿no las ha afectado nada la retirada de residuos orgánicos de las basuras decretada por el ayuntamiento?. Miren que la explosión del censo de cigüeñas coincidió con el descubrimiento por su parte de que había comida en los vertederos. ¿Y los pájaros del Campo Grande?. ¿Nadie se ha percatado de la sobrepoblación de patos y pavos?. Los patos son especialistas en encontrar todo lo comestible que pueda esconderse en el suelo y entre la hojarasca; arrasan las poblaciones de insectos del sotobosque, con lo que malamente podrán vivir insectívoros por encima de donde se instalen abusivamente ellos. ¿Lo vamos a achacar todo a las antenas?.

